

DE LA TRASHUMANANCIA A LA MODERNIDAD



El rebaño de Félix en la chabola Eltzegania

10 de mayo. Noche estrellada, sorprendente después de una mañana de tiempo atlántico, de las más desesperantes para uno que sabe que esta noche será la de la trashumancia. Durante todo el día el rebaño, encerrado en una pradera próxima a la granja, ha manifestado una agitación inusual. Las 230 ovejas, 11 carneros y algunos corderos que se han salvado del mercado de Atarratze, pateaban presintiendo el gran viaje de ascensión. También los perros se han quedado más cerca de lo acostumbrado de Félix, el pastor. Mientras que el rebaño espera, nosotros nos deleitamos con tortas de maíz ("taloak", en euskera), con chuletas de cordero y con queso de la temporada pasada, que



Taloak

nos durará hasta que llegemos allá arriba, a Eltzegania, después de cinco horas de marcha lenta, al ritmo de los animales. Habrá que esperar todavía tres semanas para que puedan consumirse los quesos del año. De momento, están en proceso de curación en el saladero, una pieza húmeda del granero. Eltzegania es la chabola, o dicho de otra forma, la cabaña del pastor, situada en el hueco de una dolina del karst de Arbailles, casi en el límite del hayedo, al borde de la pendiente pronunciada que conduce a Azalegiko karbia, la gran gruta de la que brota, según la leyenda, el famoso dragón de Alzai que, después de una loca carrera, alcanza el océano.

Nos encontramos en Zuberoa, en el País Vasco oriental, dominado por las cimas de las altas trashumancias, que ostentan los nombres de Auñamendi, Lakora, Otsogorrigaina, Ori y también Xardeka y Mendibeltza. Es el país de los barrancos, de los grandes bosques húmedos con inmensas manchas de pinos, una especie de Amazonia de los países templados, llamada "Euskal Herria", el país de los "euskaldun", es decir, de los que hablan la lengua vasca. Esa lengua pre-indoeuropea, por lo tanto anterior a las lenguas derivadas del latín, ha resistido aquí, curiosamente, como una especie de gran isla en medio de corrientes turbulentas. Como escribe Bernardo Atxaga "éste es un lugar del mundo que se llama País Vasco". En este espacio, cada topónimo, cada nombre de animal emana una extraña poesía: Otsogorrigaina es la montaña del lobo rojo; Behibideko emazte zuria (la señora blanca del camino de las vacas) es el nombre de un pernoptero, alimoche, un fiel migrador estival de los pastos. Para el que conoce el idioma, la lectura de los topónimos de los bellos mapas a 1:25000 constituye una tentadora invitación al país de los nombres.

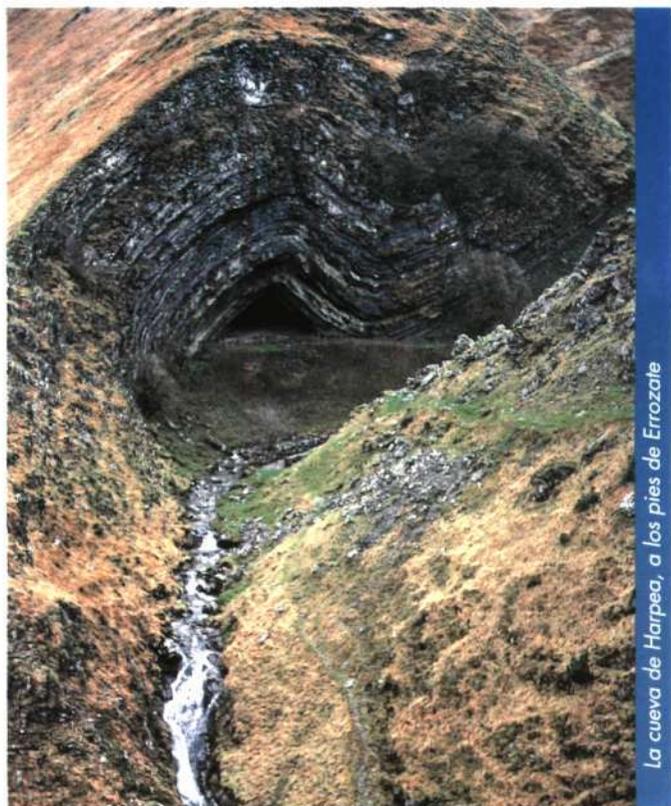
Para mí, este país es el de Félix, mi amigo el pastor con el que haré esta noche la trashumancia. Es el de Ttampé, el que me enseñó hace varias décadas, en la chabola de Harluzia, la poesía de las cimas y la vida de los animales del monte. Es el país de Dominique, el de Santa Grazi, un pueblo en el fin del mundo, que hablaba naturalmente cuatro idiomas: el euskera, su lengua materna, el bearnés y el español, para conversar con los pastores vecinos de su chabola en Erroyz... y el francés, que había aprendido en la escuela. Este país no es el de los Nemrods, ataviados con uniformes guerreros, que conducen sus vehículos todoterreno por las campas para ocupar en otoño los puestos de tiro contra las aves migratorias. Esa liberación masiva de extraños impulsos mortíferos no tiene nada que ver con la caza de la paloma que todavía se sigue practicando en el país. La caza a tiros desde los collados, en estas soberbias montañas situadas en uno de los más concurridos ejes migratorios de Europa, me parece una gangrena inútil y un obstáculo injustificado para el excursionismo en otoño.



El karst de Añelarra

■ Un paseo por Irati

Mi universo es el de las largas marchas, el de las noches pasadas al cubierto de las chabolas, de los vivacs en los abrigos de rocas al pie de los acantilados, de las largas conversaciones con los pastores y con la gente de los bosques. Antaño osos, lobos y linces estaban mucho más presentes. Ahora, que una parte del espacio está cicatrizado por pistas muchas veces inútiles para la gente de la montaña, esos animales ya no se encuentran en su casa. Sin embargo, el oso todavía hace incursiones por Irati, el lince deja sus huellas en Betçul y el lobo aparece a veces por unos bosques frecuentados por corzos y manadas de sarríos. Ciertamente haría falta poco para que esos animales mágicos volviesen a estar a sus anchas en algunas zonas, que podrían mantenerse aisladas, como en los viejos tiempos. Pero ¿quién se preocupa verdaderamente de preservar tales maravillas? Los políticos, no: sueñan sólo con parques que produzcan dinero y se burlan de la verdadera vida salvaje. ¡Y me temo también que se ocupen muy poco de la gente de la montaña vasca!



La cueva de Harpea, a los pies de Errozate

Irati fue mito y realidad. Era el hayedo más extenso de Europa y antiguamente hacia falta un día de marcha para llegar hasta él desde Mendibe, en la Baja Navarra, la provincia vasca vecina. Aquel eldorado excitó durante mucho tiempo el deseo de los comerciantes del negocio de la madera, por las enormes posibilidades que se fueron acumulando a lo largo de los siglos. Llegó la época de los industriales emprendedores, crearon la Compagnie d'Irati, edificaron estructuras para sostener los cables de un alcance gigantesco y empezaron la explotación. Irati vivió entonces la época de las historias extravagantes, se convirtió en un eslabón de paso durante la última guerra mundial (1939-1945). La historia de ese Irati secreto está por escribirse: todavía pueden recogerse fragmentos de los testigos residuales. Después llegó la carretera, pero Irati ya había sufrido una explotación excesiva, quedándose con los troncos desbrozados mayores, que por su tamaño no habían podido ser transportados.

Yo vuelvo a Irati solamente cuando el gran bosque -que en verano es un lugar muy turístico- reencuentra el silencio de las primeras nieves. Los animales se muestran menos ariscos, vuelven a encontrar su espacio. El pico dorsiblanco, venido de la taiga, se escurre entre los viejos tejos y los grandes ciervos hieráticos parecen liliputienses en el dedalo opulento de los abetos gigantes. Yo camino pisando la seda del espeso tapiz de hojas de haya, y salgo de la selva para franquear los linderos y deambular por la alta cúpula de Okabe, salpicada de decenas de cromlech. Aquí, la mayor necrópolis prehistórica de Pirineos contempla las estrellas desde hace milenios. Por poco que sople el viento del sur -que los zuberotarras llaman "Jinko ttipia" (el pequeño buen Dios) por su enorme fuerza- no puedo resistirlo y atravieso los collados a cuatro patas a riesgo de salir volando como una brizna de paja.

■ La chabola de Udoya

Desde allí me vuelvo a Udoya, la vieja chabola que rescatamos de las zarzas en 1983. Creo que la historia de este salvamento merece ser contada. A comienzos de los 70, los antiguos caminos de herradura que subían hacia Ahúzki desde Altzürükü, Alzaí, Mendibe o Behorlegi fueron progresivamente reemplazados por caminos transitables para coches y luego por carreteras. Hasta entonces algunas chabolas del lindero norte del bosque de Arbailles se utilizaban como primer estacionamiento de la trashumancia: se subía allí hacia el 10 de mayo y luego a final de junio, de

De la trashumancia a la modernidad

modo que una vez que la hierba había brotado se alcanzaban las chabolas estivales de Irati. Pero no todas las chabolas eran accesibles por caminos y algunas de ellas fueron infrautilizadas y luego abandonadas. Ese fue el caso de Udoya.

Mientras estudiaba las chovas piquigualdas y su papel en el ecosistema pastoral, una tarde descubrí por casualidad en las proximidades "Belexe lezia", una sima que hacía el oficio de dor-



Estudiando las chovas piquigualdas

mitorio para una colonia de esos pájaros. Udoya tenía un interés evidente para nuestra investigación científica sobre las chovas, que hasta entonces nadie había estudiado in situ con detalle. El viento del sur y las tormentas del invierno se habían llevado una parte del techo, una de las paredes se había derrumbado y hubo que abrir un túnel entre las zarzas para acceder a la puerta de entrada. Udoya estaba abandonada desde hacía diez años. Pedimos permiso y el dueño nos dio autorización para reparar la chabola. No fue poco trabajo el que tuvimos que hacer para subir a hombros todos los elementos necesarios para la reparación, porque la pista más cercana quedaba a treinta minutos de marcha, de fuerte pendiente.

Así se salvó Udoya, la única chabola de Arbailles sin carretera, remanso mágico al borde del gran bosque. Vamos allí tanto en invierno como en verano y vivimos voluntariamente en las condiciones más primitivas: alumbrado por velas, cocina a base de fuego de madera, dormir en una tarima como los pastores de antaño. Una vez en invierno había tanta cantidad de nieve que tuvimos que librar la puerta con una pala. Udoya es la única chabola abierta; las que están situadas cerca de la carretera tienen que estar cerradas porque, al principio, los zorros de dos patas las visitaban demasiado a menudo. Hemos escrito en un papel, colgado en la pared, por qué está abierta: por respeto a las antiguas tradiciones de la hospitalidad montañera antes de la frecuentación de las carreteras por imprentables. Y pedimos a los visitantes que, al marcharse, dejen leñas para encender el fuego. También colocamos, desde 1983, una libreta para que los huéspedes dejen sus comentarios. Un día nos encontramos con la sorpresa de leer la transcripción de ese hermoso poema de Artze "Iturri zaharretik edaten dugu, ur berria edaten, hitz bizia aditzen, beti berri den hitza, betiko hizkuntza zaharretik", calografiado con una letra bellísima. Algún tiempo después me encontré con Artze, le conté la historia y le prometí que le haría conocer Udoya.

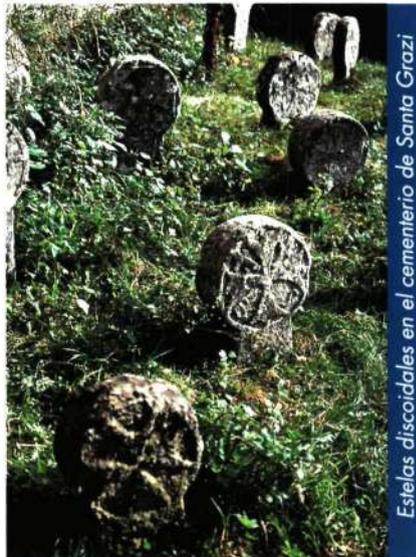
■ La historia de la montaña vasca

Desde el promontorio de encima de la gran dolina que protege la chabola, se ve hacia el este, el infinito de las crestas cinceladas que van desde Mendibeltza hasta los Pirineos centrales, pasando por Auñamendi, el pico del Midi d'Ossau, el pico de Sesques y el Balaitous. Por los lados oeste y norte, el hayedo tapa hasta el horizonte más cercano.

Al amor de la lumbre de Udoya repaso con frecuencia el recuerdo de los lugares de la montaña vasca que más me gustan y también los acontecimientos penosos que les atañen. Las imágenes de mi memoria visual desfilan así desde Hiru Erregeen Mahaia hasta Aizkorri y Gorbeia pasando, desde luego, por Aralar, ese macizo tan cercano espiritualmente a Arbailles.

Para mí las montañas vascas del oeste están perfectamente simbolizadas en aquel bello grabado de Georges Hoefnagels, tallado en 1567 y publicado en la Civitates Orbis Terrarum et Descriptione Topographica... de Georges Braun y François Hogenberf. Representa el famoso túnel de San Adrián, cuyo papel fue tan importante en la antigüedad. Se puede observar el aire montañoso y boscoso del país, el propio paso y siluetas de mujeres "bizkainas". Ya los textos de la época indicaban que aquellos bosques servían para la construcción de navíos, destacando con ello que los vascos son a la vez un pueblo de montañeses y un pueblo de marinos.

Mucho ha llovido desde entonces y el aspecto de esas montañas ha cambiado mucho. Sobre todo, hay una cosa a la que nunca me acostumbraré: la inmensidad de superficies plantadas con pinos alóctonos, a fin de suministrar madera para las papeleras de Euskadi. ¿Cómo muchos campesinos de entonces pudieron aceptar, por motivos económicos, plantar pinos en buenas praderas o eliminar robles y hayas para hacerles sitio? Perdieron, sin duda, un trozo de su alma... Una gran parte del semblante de las montañas de Gipuzkoa y de Bizkaia se vio modificado por esas monótonas manchas de verde oscuro uniforme y los ríos más importantes se contaminaron por los residuos de los efluentes de las papeleras. Cuando se contemplan en otoño las montañas del sur del Bidasoa, esas grandes masas verdes de formas a menudo angulosas, dan un aire que podría ser austrohúngaro a algunos paisajes vascos. Habrá que eliminar esas plantaciones poco a poco y reemplazarlas, según la altitud, por bosque de robles o de hayas. Así se borrará ese triste episodio de la gestión de las montañas vascas.

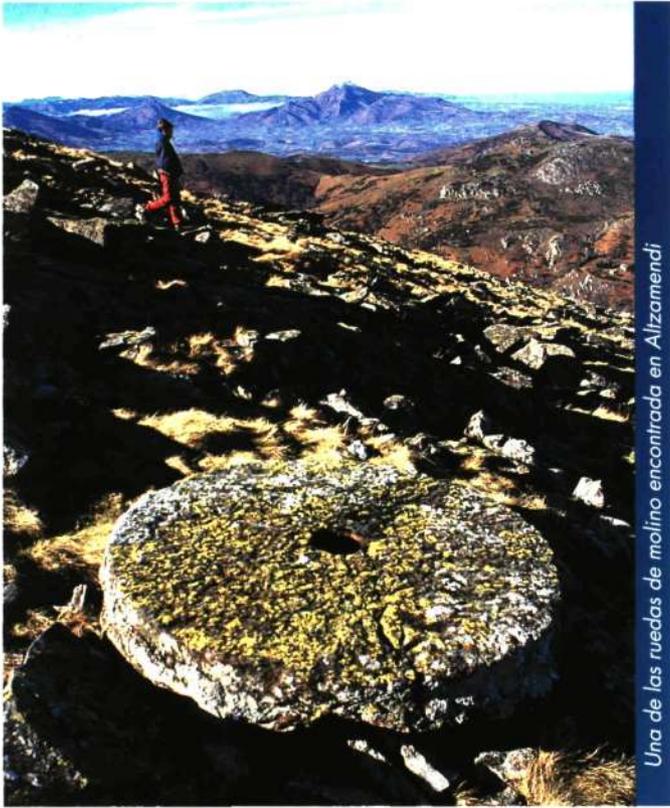


Estelas discoidales en el cementerio de Santa Grazi

Lejos de mí la idea de que la montaña sea únicamente forestal y pastoril. Ya desde los tiempos más antiguos los buscadores de minerales frecuentaban sus rincones más íntimos. Por ejemplo, cerca de la intersección de los valles de Arizakun y Urrizate han aparecido indicios auríferos, testigos de una antigua explotación de tiempos de los romanos, descubiertos hace una cincuentena de años por geólogos prospectores. Esto me lleva a llamar la atención sobre el hecho de que los montañeros, además de disfrutar de un placer personal con el esfuerzo físico y con la percepción de nuevos paisajes, pueden también hacer progresar el conocimiento cultural de nuestras montañas. Pero eso exige una verdadera resolución de las mentalidades y el acceso a un espíritu de descubrimiento que muchos montañeros, aferrados a los itinerarios descritos en las numerosas guías disponibles hoy en día, no tienen.

Hay demasiados montañeros que caen en la trampa de la "seudo-seguridad". Se limitan a seguir itinerarios predigeridos y, en este sentido, las guías crean a veces una especie de infantilización. ¡Qué hay más maravilloso que inventar un itinerario de media montaña con la ayuda de los magníficos mapas a escala 1/25000 que hay a nuestra disposición! Además, eso enseña la prudencia a los que lo practican, porque exige poner en marcha todos los sentidos. Los grandes grupos de excursionistas matan el placer de la marcha y puedo decir que no soy un fanático de las "marchas regulares" de los clubs del sur del Bidasoa o de las "collectives" de la gente del Club Alpino Francés.

Ya hace una treintena de años que había observado la presencia de ruedas de molino en las campos de Artzamendi. Hace cinco



Una de las ruedas de molino encontrada en Alizamendi

años nos dedicamos a explorar el conjunto del macizo para buscarlas. Llegamos a catalogar más de doscientas, además de mojones fronterizos, fregaderos, dinteles y diversas piedras talladas. Al estudiar los archivos de Itsasu a partir del siglo XVII, pudimos comprobar la existencia de una verdadera actividad de extracción en toda la montaña. Por añadidura, aquellas ruedas de molino se transportaban hacia la Nive por medio de trineos, que se deslizaban sobre caminos totalmente enlosados de gres rosas (*calzadas romanas*, como se les llama en el país). Se embarcaban sobre todo en Kanbo, primer puerto navegable de la Nive. También allí se hacía el embarque de la lana que venía de Navarra (Alta Navarra) y las balas de cañón fundidas en Banka y Orbaizeta.

En otro orden de cosas, antes de 1970 los naturalistas ignoraban la existencia de la colonia de buitres cuyo centro está en Itsasu (es la colonia más importante de la vertiente norte de los Pirineos). La descubrí un primero de agosto pero cuando, desgraciadamente, se convirtió en un lugar de excursiones demasiado frecuentado, estudié con el amigo Ramón Elosegui el modo de protegerla eficazmente. En aquella época todavía quedaban unos cuantos caseríos habitados en los valles de Arizakun y, sobre todo, en Urrizate. Esos dos valles, a muy baja altitud, se habían convertido en uno de los lugares más salvajes de Pirineos y prácticamente nadie se acercaba a ellos.

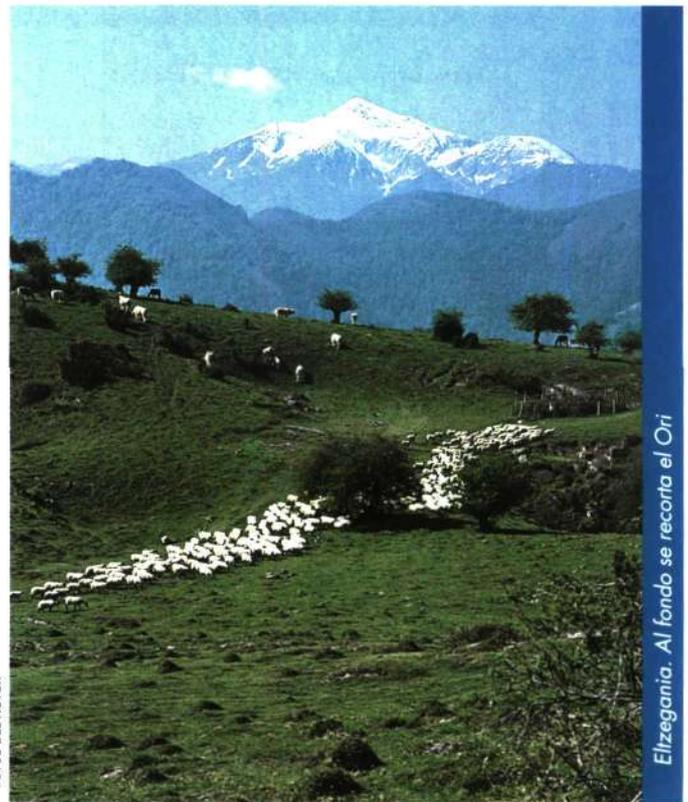
Ahora esos lugares, como las crestas de Iparla, están muy concurridos. El máximo de presencia humana se registra el día de la excursión denominada "Hirukasko" (encadenamiento de tres cimas: Artzamendi, Irubelakasko e Iparla, con descenso a Bidarraí). Un balizaje a base de grandes puntos y flechas amarillas mancha inútilmente las rocas, con una pintura que durará decenios. Es una extraña manera de utilizar la montaña en plan predador, sin tener en consideración a los verdaderos habitantes permanentes...

■ Un futuro abierto

Las montañas vascas, a pesar de la modestia de su altitud, constituyen un universo fascinante. Al recorrerlas, podemos contribuir a un mejor conocimiento de ellas. Desde los tiempos glaciares su cara ha cambiado muchas veces y la que contemplamos hoy en día tiene el aspecto de un palimpsesto, de un manuscrito

todo tachado, emborronado con escrituras cuyo sentido adivinamos más o menos bien. Esas montañas son un elemento esencial de la cultura de los vascos. Si bien es cierto que existe una manera deportiva de visitarlas, ello no se contradice con optar también —e incluso al mismo tiempo— con una aproximación cultural. Y en este sentido, tengo que señalar la existencia de un déficit editorial. Porque si el número de guías detalladas crece, su esfuerzo se dedica sobre todo a la descripción de itinerarios, en detrimento de información sobre la historia de las montañas, de los hombres, de las construcciones, de las minas, etcétera. El lector comprenderá que estoy pensando en un libro que sea una especie de Diccionario cultural de las montañas vascas.

Hace unos años soñaba con instalar en alguno de los pueblos del Alto Aragón —Escuain, por ejemplo, o si no Buerba o Tella— talleres de alta tecnología. En aquella época era un sueño quimérico. Sin embargo, en Leh (Ladakh, Himalaya occidental), se pusieron en marcha investigaciones sobre energía solar y agronomía de alta altitud, a iniciativa de jóvenes extranjeros decididos. En este momento, en pueblos vascos de montaña como Larraine, Santa Grazi o Izaba podrían existir posibilidades de este tipo, por ejemplo, en el área de la escritura, de la edición o de la enseñanza de las lenguas pirenaicas. Más abajo, en otros valles, tienen lugar experiencias de selección vegetal, aprovechando la fase climática subtropical de nuestro clima atlántico. No olvidemos que los primeros exploradores de los Pirineos fueron científicos (o técnicos buscadores de minerales) y que fueron ellos los que, utilizando los conocimientos de los pastores y cazadores que los guiaban, fueron los primeros escritores del gran libro de Pirineos. Con frecuencia se describe la montaña como un lugar de repliegue poblado por gente rústica. Es una visión parcial y sesgada. La montaña fue también un sitio de exploración y de innovación. Lugar de yuxtaposición de prácticas aparentemente arcaicas y de otras modernas. ¿Es arcaico el oficio de pastor? Mi amigo Félix Bassaber que utiliza la hierba (energía solar) para alimentar a sus ovejas lecheras, que le proporcionan las proteínas cuyos destinatarios son sus quesos, ejerce un oficio sencillo, lleno de astucias, eterno, que le permite vivir bien, prácticamente independientemente. Los Pirineos vascos esperan en el futuro su cuota de modernidad y de neopirineistas emprendedores... ¡El campo está amplia y libremente abierto! □



FOTOS DEL AUTOR

Elizegania. Al fondo se recorta el Ori